



REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Historia y larga duración: examen de un problema*

Tulio Halperin Donghi

Denigrar la “historia-batalla”, contraponer a la esterilidad creciente de una historiografía encarnizada en recoger y ordenar hechos cuya importancia, cuya significación están lejos de ser evidentes, la fecundidad de una labor histórica que, sin recelos ni preocupaciones de vana etiqueta, se suma a la tarea común de las ciencias humanas; proponer una ciencia histórica que al hacer suya la vocación de sistematizar lo real propia de todo saber científico no renuncia a su vocación más antigua —la de dar cuenta de lo que en la acción humana es sin duda sistematizable según perspectivas muy variadas pero que a la vez ofrece una riqueza de peculiaridades imposible de ser volcada sin residuo en cualquiera de esas sistematizaciones—: tal era hasta ayer el ligero pasatiempo de los historiadores renovadores, demasiado convencidos de la justeza de su causa para que creyesen necesario apoyarla en fundamentos teóricos rigurosos.

* Publicado originalmente en *Cuestiones de Filosofía* 1, num. 2-3 (2do. - 3er. Trimestre 1962): 74-96. Reproducido con autorización de Dora Halperin. Transcripción y edición: Griselda Sotelo, Adrián Viale y Andrés Gattinoni. Para esta edición se adaptó el formato de las referencias bibliográficas al de *Rey Desnudo*. En algunos casos, el autor empleó traducciones de la cátedra de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Para facilitar la consulta de los textos, se optó por incluir también el título en idioma original.

Hasta ayer solamente: hoy ese programa, precisamente porque es ya algo más que un programa, parece aportar más problemas que seguridades. Hay entonces una crisis en la relación entre historia y ciencias humanas: ante el modelo prestigioso que ellas ofrecen es cada vez más frecuente que los historiadores busquen a la vez que utilizarlo en sentido renovador señalar con mayor cuidado de lo que era habitual los límites de su eficacia. Consecuencia de ello es una conciencia muy viva de la peculiaridad irreductible del conocimiento histórico; para su tentativa de ordenar lo real no se renuncia ya a buscar inspiración en las realizadas cuando la historia parecía destinada a constituirse en la disciplina nuclear de un saber cada vez más rico acerca del hombre y sus obras.

Viene a redescubrirse de este modo la secuencia tradicional dentro de la cual esa acción renovadora se inserta; por detrás de esa historiografía erudito-positivista que se trataba de destruir se descubre otra más ambiciosa, capaz de proponer un criterio de ordenación de lo real distinto sin duda, pero no menos riguroso que el de las nuevas ciencias humanas. Así considerada, la encrucijada en que parece hallarse la historiografía europea actual marca uno de los momentos de crisis en un proceso cuyo punto de arranque es inesperadamente lejano: la tensión nunca resuelta —y en este momento agudizada— entre historia y nuevas ciencias del hombre es el fruto de tensiones más antiguas entre modos diversos de entender la tarea histórica; sus raíces deben buscarse en esa renovación del saber histórico que se inaugura en el siglo XVIII, gracias a la cual la historia descubre para sí tareas más ambiciosas que ofrecer paradigmas de conducta útiles para gobernantes y soldados. No será entonces ocioso resumir esas primeras etapas de una relación que hoy vuelve a ser conflictual: esas etapas más tempranas son en rigor anteriores al surgimiento mismo de las nuevas ciencias del hombre.

Desde fines del siglo XVIII se hizo evidente, en efecto, que la historia debía desplegarse en un haz de historias especiales: ese era el precio de la transformación profunda que se estaba desarrollando a partir de la historia pragmática. Sobre las ruinas de ese monumento de veintitrés siglos nacía una nueva historia a la vez social y cultural. Pero esos términos son ambos anacrónicos; por otra parte la orientación renovadora no se bifurcaba —como parece sugerirlo esta somera indicación de contenido— en dos direcciones distintas: podríamos caracterizar la innovación esencial como el tránsito de una historia de hombres a una historia de instituciones (entendido el

término en sentido muy amplio, capaz de abarcar desde una regla de derecho o un uso gramatical hasta un género literario o un grupo social). Pero esta historia no es nueva solamente porque lo son sus protagonistas: lo es también en la medida en que es genética (las rituales contraposiciones del manual de Bernheim merecen en este contexto ser tomadas del todo en serio). La nueva historia hace suyo, en efecto, el principio afirmado primero por Vico: “Natura di cose altro non e che nascimento di esse in certi tempi e con certe guise, le quali sempre sono tali, indi tali e non altre nascon le cose”¹, podría caracterizarse entonces como la que toma por tema propio la génesis y el desarrollo de ciertas instituciones. Ahora bien, una historia así entendida corre un doble peligro: el de deshumanizarse, el de fragmentarse. Las vicisitudes del sistema gramatical, las del régimen de propiedad, las del poema épico ocupan en abigarrado conjunto el primer plano: detrás de ellas es difícil adivinar en su concreta complejidad las experiencias de hombres que no vivían en uno solo de esos planos demasiado bien acotados. No es que la nueva historia ignore que las instituciones de las que hace su tema de estudio no se desenvuelven aisladas las unas de las otras; precisamente como historia genética encuentra un terreno en el cual ubicar los lazos que necesariamente las unen: la relación entre los distintos planos de la realidad histórica es buscada dentro del proceso temporal de génesis y desarrollo, en esas condiciones no podría ser concebida sino como relación causal. En su elemento dinámico encuentra la historia su unidad: cada corte en el tiempo nos mostraría por el contrario la variedad irreductible a ley de un abigarrado paisaje histórico, cuya íntima unidad sólo se descubriría reconstruyendo el proceso unitariamente entrelazado al que debe su existencia y sus peculiaridades.

Esta historia de procesos y no de situaciones postula una filosofía de la historia, como esquema racional del entrelazamiento de causas que configura el proceso histórico; en la medida en que ese proceso mismo es racional (y si no lo fuese ¿cómo sería transparente a la razón que lo conoce?) el ritmo de sucesión de sus etapas, el mecanismo que de cada una de ellas conduce a la siguiente no puede pertenecer al reino de los hechos contingentes; se incluye en un proceso necesario, cognoscible mediante un sistema de *vérités de raison*. Descubrir la íntima necesidad de lo que a los ojos del observador superficial es un amontonarse de hechos que hubiesen podido no haber sido es la tarea más alta del historiador; he aquí una manera de entenderla que en un siglo se

1 Giambattista Vico, *La Scienza Nuova*, lib. I, sec. II, pt. XIV.

transformará en la opuesta: para Raymond Aron (que construye la teoría de un modo de hacer historia que si no es en 1937 el más nuevo y valioso conserva sin embargo para esa fecha algo de su vigencia) el esfuerzo del historiador por volver al pasado es ante todo el intento de restituir a su contingencia lo que retrospectivamente la conciencia ingenua ve como irrevocable: su tarea no es entonces descubrir una oculta necesidad sino disipar las ilusiones que nos impulsan a buscarla (y puesto que esa necesidad es ilusoria, a fracasar en la búsqueda).

La historia genética exige entonces, como complemento necesario, una filosofía de la historia. Pero ésta es algo más que una extrapolación, una generalización a partir de la historia empírica: es a la vez su rival, en la medida en que ofrece, frente a un sistema de explicaciones genético-causales otro sistema apoyado en la noción de causa final. ¿La introducción de esta última noción es necesaria? Para afirmarlo no bastaría mostrar que en efecto las filosofías de la historia elaboradas en ese momento preciso —aún las más pesimistas— deben conceder su lugar a un rescate final de la humanidad, así consista este en la reconstrucción del perdido paraíso originario. Ese remate feliz del proceso histórico —que legitima retrospectivamente etapas menos brillantes— parece consecuencia ineludible de una imagen de la historia como proceso creador, que está implícita en toda historia genética; volvemos a descubrir así, por otro camino, la ligazón necesaria entre historia genética y filosofía de la historia. Pero esa ligazón, se ha dicho ya, implica un conflicto. Lo implica en el terreno cognoscitivo: en la medida en que la presencia de una causa final, interna a cada hecho histórico y subyacente al conjunto de ellos, es la que subtiende el entero proceso histórico y le da unidad haciendo superflua la reconstrucción de los nexos causales externos que es la tarea de la historia genética. Lo implica todavía en el terreno valorativo: en Vico se da aún un equilibrio gracias al cual si los nexos causales empíricos permiten sin duda indagar el origen —identificado con la naturaleza— de las realidades históricas, esos mismos nexos aparecen ante todo como etapas en la marcha hacia un fin providencial (y la curiosidad apasionada por los orígenes no va acompañada de ninguna idealización optimista), pero a partir de Rousseau se da una interna oposición —destinada a no ser resuelta tampoco en el futuro— entre el culto de los orígenes y la fe en un desarrollo histórico progresivo.

De este modo la relación infinitamente problemática entre historia genética y filosofía de la historia (es decir, entre dos modos de interpretación de lo histórico que son a la vez complemen-

tarios y contradictorios) refleja bastante bien la ambigüedad de la actitud dominante en la época en que esos modos interpretativos florecieron; la época en suma que abre la Revolución Francesa y sobre todo el ciclo de guerras europeas que ella inaugura. Búsqueda entonces de los orígenes, vistos como instante creador de una realidad que en su desarrollo sucesivo no hará sino sacar a luz —y a la vez ir contaminando— los frutos de esa energía originaria; búsqueda de los fines del entero proceso histórico; ambas tienen en común el alejar el interés que los hechos tienen a los ojos del historiador; más que su irreductible peculiaridad, lo que en ellos se busca es su condición de herederos de un pasado, de anunciadores de un futuro.

Frente a este doble y vertiginoso reclamo a los más remotos horizontes del campo histórico se construye a partir de Ranke una historia que se niega deliberadamente a tomarlo en cuenta. Para reconquistar su capacidad de captar lo inmediatamente dado, el historiador renuncia a la vez a la búsqueda genética y a toda consideración finalista. Esta restauración de la historia pragmática, deliberadamente polémica hacia las ambiciones de la época apenas dejada atrás, no resume sin duda el sentido total de la historiografía europea en los años que van —aproximadamente— desde 1840 hasta 1890. Fuera de ella se ubican tanto los que, desde Guizot hasta Marx, siguen buscando en la historia vastos procesos dotados de sentido, cuanto aquellos que en sectores especiales de la indagación histórica se plantean (así un Mommsen y un Fustel de Coulanges) problemas sin duda más limitados, pero demasiado vastos para caber en el marco de la restaurada historia pragmática. Pero es la imagen de la historia que el historiador neopragmático acepta la que se impone como típica, y ello no sólo a los ojos de los historiadores. La historia, ciencia de lo particular, del hecho aislado, orgullosamente modesta en su seguro conocimiento de cosas que —según admite de antemano— quizá no valiese la pena conocer es la que triunfa en la etapa que ahora comienza. La inteligibilidad del proceso histórico en su conjunto no es ya cuestión que incumba al historiador; el problema es encarado ahora por las nuevas ciencias humanas. ¿Pero sigue siendo el mismo problema? Al comienzo parece que sí: desde Comte a Spencer la sociología esconde mal una filosofía de la historia.

Pero las nuevas ciencias tienen nuevos principios ordenadores que terminan por vaciar de contenido la herencia que la historiografía y la filosofía de la historia románticas les han legado: el influjo de la ciencia natural hace culminar la crisis del enfoque finalista; más grave es que

transforma también profundamente el sentido de la fe heredada en las explicaciones genéticas. En efecto, ya no se ve en la génesis de determinadas realidades (desde usos lingüísticos hasta instituciones sociales) un proceso creador de algo radicalmente nuevo, un proceso cuya libre originalidad se refleja en la de sus creaciones. Por el contrario, cada proceso de génesis no es sino un paso particular en el cual se descubre el cumplimiento de un sistema de leyes que resume los trazos fundamentales de un orden de lo real supuestamente inmutable. Si así se entiende el proceso de génesis, el interés por él sólo podría explicarse como residuo de una etapa anterior, y no parece destinado a durar mucho. Y en efecto las nuevas ciencias humanas tienden a constituirse como tipologías, como descripciones de ciertas estructuras reales cuya naturaleza ya no se identifica viquianamente con su nacimiento. El tiempo no es sino una dimensión más de esas estructuras; no proporciona por lo tanto el terreno en que se establecerán los nexos entre todas ellas, tampoco su fluir es ya concebido como creador.

Cuando la historia salga de su orgulloso marasmo buscará su nuevo camino aproximándose a esas ciencias humanas en pleno desarrollo. La economía política, la geografía humana, la sociología, la antropología cultural son tomadas sucesiva o simultáneamente como modelos: el resultado es que la historia tiende a constituirse también ella como tipología. Este retorno de la historia a una problemática más amplia va acompañado de una resurrección de la filosofía de la historia, no entendida ya como orientada a la consideración del proceso histórico-temporal sino como teoría del conocimiento histórico. Pero la luz que esas especulaciones arrojan sobre el saber histórico es con frecuencia ambigua y engañosa: éstas a menudo teorizan sobre modos de conocimiento histórico que están ya agotando sus posibilidades (así la orientación protagonizada por Rickert, que construye una teoría adecuada a la restaurada historia pragmática, y sólo a ella), o por el contrario otorgan su aval a tendencias innovadoras antes de que éstas hayan probado sus concretas posibilidades y su eficacia (así Dilthey, que insistiendo en la noción de estructura, esboza la teoría del conocimiento acaso más adecuada a la manera de hacer historia que comienza hacia 1890, o Croce, que al subrayar lo que hay de libremente creador en cada instante del proceso histórico, corroe desde dentro de la tradición hegeliana el finalismo y el geneticismo, incompatibles con ese nuevo modo de entender la realidad histórica, o todavía —de modo más general e indirecto, influyente sin embargo sobre la teoría del saber histórico a través del último Dilthey—

la insistencia de Husserl en la primacía de la experiencia directa sobre cualquier construcción explicativa; y en historia estas construcciones se orientaban en sentido genético o finalista).

El desordenado florecer de esas teorías del conocimiento no nos proporciona ningún principio ordenador de la tentativa de reorganización de la ciencia histórica; a lo sumo es un signo del camino que los historiadores más alerta estaban emprendiendo sin esperar para ello las sugerencias de los filósofos. Un camino que parece llevar a la ciencia histórica de triunfo en triunfo: todavía en la década de 1930 la adhesión a él es actitud en que se reconocen los historiadores más significativos. Lucien Febvre, proyectando hasta sus consecuencias últimas el movimiento renovador en que se ve incluido, profetiza en 1933 una historia desligada del tiempo, consagrada por entero a la descripción sincrónica. Y esa profecía da sentido a su obra completa, que culmina en el admirable *Problème de l'incroyance*, donde se intenta el inventario minucioso de un horizonte cultural despreocupándose de averiguar de qué modo esa precisa constelación llegó a constituirse. Marc Bloch —más sobriamente, más matizadamente también— reitera su persuasión de que la explicación histórica se obtendrá sumergiendo un hecho en el contexto sincrónico en el cual se da, no buscando diacrónicamente su genealogía. He aquí dos testimonios a los cuales sería posible agregar otros: los mencionados son particularmente significativos porque proceden de historiadores que —aun manteniendo la desconfianza de toda la cofradía por cualquier teoría del saber histórico— no omiten preguntarse por la dirección en que se orientan los esfuerzos de su disciplina, la renovación de cuyos métodos y objetivos se propusieron promover más con ejemplos concretos que con directivas fundadas en doctrina.

Aún en 1930, en 1940, la renovación de la historia era vista como un remodelarse la historia sobre el modelo de las nuevas ciencias humanas, renunciando a la reconstrucción de procesos temporales. Para esa última fecha hacía ya medio siglo que la historia, en lo que tenía de más vivo e innovador, estaba comprometida en ese nuevo camino: algunos frutos del esfuerzo así orientado eran ya visibles, y estaban lejos de ser desdeñables.

¿Cuáles eran precisamente las conquistas de ese medio siglo? Enumerarlas no es fácil; encontrar en ellas elementos comunes, una cierta unidad de orientación lo es acaso todavía menos. Desde la renovación de la historia antigua por la arqueología (renovada a su vez por su contacto con la antropología cultural) hasta la cuantificación de la historia económica moderna,

las innovaciones parecen darse en sectores limitados y con consecuencias también limitadas. Sería por otra parte sacrificar demasiado al esquema sostener que todas ellas venían a orientar a la historia en un sentido único, pero no es deformar los hechos que la experiencia nos muestra señalar que en los más de los casos sí la orientan en una dirección precisa: la historia es incitada por el influjo de las nuevas ciencias humanas a reordenarse como una sucesión de *tableaux vivants* sustancialmente estáticos.

¿Pero es sólo el influjo de esas ciencias el que provoca tal reordenación? Parece que no: ello se hace particularmente claro analizando lo ocurrido en el campo de la historia económica. Aquí el influjo externo proviene de una ciencia madurada desde más antiguo que las demás ciencias humanas, que por lo tanto ha conocido también ella una etapa en la cual había tornado por tema el estudio de procesos temporales (así tratara frente a ellos de construir un abstracto esquema de desarrollo). El título mismo de la obra de Smith muestra como el pensamiento genético-causal domina los primeros planteos de la economía moderna. Ahora bien, lo importante no es que esta disciplina sufra luego una reorientación independiente pero paralela a la experimentada por la historia. Se trata de algo más decisivo: es que la ciencia económica que influye sobre la renovada historia económica a partir de 1890 no es la contemporánea a esa renovación. Weber o Sombart no se definen con relación a los marginalistas; su punto de referencia en cuanto a la teoría económica lo hallan —así sea para elevarse polémicamente contra él— en Marx, es decir, en la figura a través de la cual la economía adquiere conciencia madura del carácter histórico de su problemática. No es entonces el influjo de la economía teórica el que da un nuevo rumbo a la historia económica; ésta lo adopta *a pesar* de ese influjo.

Porque la innovación más decisiva de Sombart respecto del esquema marxista no consiste en haber negado la posibilidad del comienzo de una etapa nueva a partir de las tensiones crecientes dentro del orden capitalista, al considerar más probable un agotamiento sin renovación de la energía creadora del capitalismo moderno, encaminado así a un plácido pero estéril otoño. A través de esa discrepancia parcial se revela una actitud general aun más significativa: la negativa a buscar en la historia la presencia de procesos temporales creadores. Aunque Sombart no elude el problema teórico de las causas del capitalismo, su obra es esencialmente la descripción de una serie de situaciones estáticas, que realizan más o menos bien un tipo ideal por relación al cual se

definen. Las transiciones entre una y otra situación están mucho menos bien marcadas, y no porque Sombart no se haya interesado en buscarlas: es su renuncia a ver en la historia un proceso genético desplegado en el tiempo lo que condena de antemano al fracaso unos esfuerzos cuya versatilidad le fue justamente reprochada².

Si nos hemos detenido en Sombart es porque en él se da claramente una reorientación de objetivos que, a través de formulaciones cada vez más refinadas, se mantiene y acentúa en el desarrollo posterior de la historia económica. Modelos como el de la oscilación entre los dos polos de la economía natural y de mercado —que tanto prestigio alcanzaron en los estudios de historia económica medieval— o el cíclico, aplicado para las etapas moderna y contemporánea y concebido como el fruto de oscilaciones dentro de un sistema cuyas constantes habrían sido definidas de una vez por todas, suponen una imagen de la economía que es sin duda dinámica en la medida en que registra constantes movimientos; que no lo es en cuanto a través de esos movimientos no se dan modificaciones esenciales en el sistema.

Esta tendencia tan evidente en la historia económica tal como se elabora a partir de 1890 puede seguirse también en otros sectores de la indagación histórica. Anotemos al azar los títulos de una serie de obras históricas significativas de la primera mitad de nuestro siglo: *Las doctrinas sociales de las iglesias y grupos cristianos*, de Troeltsch; *Del cosmopolitismo al estado nacional*, de Meinecke; *El otoño de la Edad Media*, de Huizinga; *La estructura de la política en el reino de Jorge III*, de Namier; *La sociedad feudal*, de Bloch... Encontramos en todas ellas la ausencia de un enfoque genético-temporal, tanto más notable cuanto más extenso es el período estudiado, cuanto más rica es la tradición de estudios orientados genéticamente en el campo examinado. En este sentido quizá la

2 He aquí cómo intenta Sombart responder a esos reproches: “Cuando en mis últimos escritos con arbitrio deliberado he puesto en primer plano una faz del desarrollo capitalista se desinterpretó por completo este método [...] se comenzó a dudar del entendimiento de un autor que hoy quería hacer responsable del surgimiento del capitalismo moderno a la renta territorial urbana, mañana a la producción de metales preciosos, pasado mañana al lujo, después a la guerra. Curiosamente no se advirtió que se trataba de estudios parciales; no se advirtió que con este método de sondeo no me proponía otra cosa que fijar cada vez más la mirada del observador en una faz del problema, pues era necesario consagrarse intensivamente por un tiempo a ese problema parcial. Ahora entretejo en una única trama hebras hiladas separadamente, y muestro que no sólo las fuerzas ya apreciadas por mí sino muchas otras, participaron en la construcción del capitalismo moderno”. Werner Sombart, “Geleitwort zur zweiten Auflage”, en *Der moderne Kapitalismus. Historisch-systematische Darstellung des gesamteuropäischen Wirtschaftslebens von seinen Anfängen bis zur Gegenwart*, 3ª ed. (Múnich y Leipzig: Verlag von Duncker & Humblot, 1919 [1916]), I, xi. La justificación muestra cómo ese desconcertante método expositivo se vincula con una imagen curiosamente tosca de las relaciones histórico-causales, que unida a una preocupación metodológica tan viva como era la de Sombart sólo puede explicarse por la falta de un interés profundo ante los problemas genéticos.

obra más característica de las citadas sea la de Troeltsch; en lugar del proceso histórico de adaptación del cristianismo a un mundo en transformación encontraremos en primer término un intento de tipología de los grupos cristianos que vincula su ideología a su estructura. Si Troeltsch no ignora que cada uno de esos grupos surge de una coyuntura histórica precisa, ese surgimiento es estudiado tan sólo tipológicamente (por ejemplo, marcando la correlación entre sectarismo y artesanado urbano) y no como momento de un proceso histórico unitario.

¿Sería justo marcar con signo negativo esta innovación característica de la historia más reciente? Lo sería ante todo en la medida en que viniese a reflejar la que el historiador actual inflige implícitamente a sus antecesores inmediatos con sólo volver a plantearse los problemas de la historia como proceso temporal que éstos habían rehusado tomar en cuenta. Sería injusto si nos llevase a ignorar en primer término el extraordinariamente rápido enriquecimiento de contenidos que esa renovación hizo posible; en segundo lugar la inadecuación de los esquemas de interpretación genética heredados de la etapa anterior cuando se trataba de dar cuenta de ese panorama súbitamente enriquecido.

Y por último si olvidase que alguna de las insuficiencias del nuevo enfoque fue advertida por los mismos historiadores que con tanta seguridad seguían orientando a la disciplina por el camino de las demás ciencias humanas. La conciencia de que esa tipología no agotaba mejor que los esquemas genéticos ahora abandonados la riqueza infinita de la realidad histórica, de que esos esquemas constituían a la vez que un medio de aproximación un obstáculo que impedía el contacto directo con esa realidad concreta, se expresa por ejemplo muy nítidamente en esta frase de Bloch: “Hace mucho que nuestros grandes antepasados —un Michelet, un Fustel de Coulanges— nos enseñaron a reconocerlo: el objeto de la historia es por su naturaleza el hombre. Digamos mejor los hombres. Tras de los rasgos sensibles del paisaje, tras de los útiles y las máquinas, tras de los escritos aparentemente más gélidos y las instituciones aparentemente más por entero separadas de quienes las han establecido, la historia quiere captar a los hombres”³.

Esta afirmación es ahora más necesaria que nunca: sólo quien la crea justa, justificará la supervivencia de la historia al lado de las nuevas ciencias del hombre. Pero precisamente ¿de qué modo se dará esa supervivencia? En primer término gracias a la insistencia en la peculiaridad

3 Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire, ou, Métier d'historien* (París: Librairie Armand Colin, 1952), 4.

irreductible a esquema de todo fenómeno histórico; por encima del sólido esqueleto estructural que las ciencias del hombre reducen a tipos y modelos espumea un caótico sucederse de hechos, de acontecimientos, que es lo que cada hombre vive en su experiencia inmediata como historia. Insistiendo en este dato elemental e irreductible la historia gana el derecho a su existencia autónoma. Pero a costa de sacrificar toda pretensión a ordenar autónomamente una imagen de la realidad que estudia, la historia sólo tendría una voz propia para recordar lo que en la riqueza de lo real hay de irreductible por cualquier tentativa de ordenación. ¿Pero la apasionada invocación de Bloch remata necesariamente en este doble llamado a la independencia y a la modestia? Parece que no, ¿la mención de esas “instituciones aparentemente más separadas de quienes las han establecido”, detrás de las cuales es preciso buscar la acción humana que precisamente las ha establecido, no nos devuelve acaso —en este escrito en el que sin embargo, como nota complacido Lucien Febvre, “no se menciona una sola vez la palabra evolución”— al punto de partida de la ordenación genética que había pretendido hacer de todas las ciencias humanas ciencias históricas?

Esta larvada nostalgia no impedía sin embargo a los historiadores proseguir una remodelación de su disciplina que juzgaban de todos modos ineludible. Notemos, no obstante, como actitudes destinadas a tener consecuencias en una etapa posterior: la persistencia en considerar a la experiencia inmediata en sociedad, previa e irreductible a todo esquema, como el modesto pero seguro refugio del historiador; la persistencia de una apertura entrevista cada vez más confusamente hacia un restaurado ordenamiento genético-causal a partir de ese intomable baluarte que la experiencia inmediata proporcionaba.



En una etapa posterior ... Todo indica que en esa etapa nos encontramos ya de lleno. ¿Cómo se ha llegado a ella? Para descubrirlo será necesario cambiar el camino hasta aquí seguido. Hasta ahora hemos visto en el proceso que se abre con la desorientación de la ciencia histórica a partir —aproximadamente— de 1830 y su reorientación luego de —también aproximadamente— 1890 un conjunto de vicisitudes internas a las disciplinas históricas; sólo marginalmente se ha recordado que al mismo tiempo se daban procesos análogos en otras ciencias humanas. Esa cautela en establecer conexiones deriva del deseo de mostrar cómo el cambio no puede adscribirse al influjo de

algunas ciencias sobre otras; cómo refleja dentro de cada una de ellas una reorientación más general de los modos de representar la realidad histórico-social. Ahora bien, el examen de esta última implica un problema de sociología del conocimiento que como tal no ha sido planteado hasta ahora en este escrito. Pero sería imposible seguir adelante en la consideración de nuestro asunto y examinar la crisis en que se encuentra actualmente esa tentativa de ordenamiento del saber histórico, sin introducir en el cuadro el contexto histórico general en que el proceso se dio, un contexto cuyos cambios no dejaron de hacerse sentir en los de la concepción dominante acerca de la tarea que incumbe a la ciencia histórica.

¿De qué modo se hizo sentir? De él hay una imagen bien conocida, que no hace sino particularizar al campo historiográfico la imagen marxista de la evolución del pensamiento europeo a partir del siglo XIX: la disolución de la imagen de la historia como proceso es la consecuencia de la entrada del proceso histórico en una etapa cuyo demasiado previsible desenlace marcará el fin de los grupos sociales con los cuales los historiadores europeos se sienten identificados. De allí en un primer momento el desinterés por los problemas juzgados antes esenciales de la realidad histórica, de allí en una etapa más tardía el florecimiento de teorías que niegan el papel creador de la historia. De este modo la historia habría dejado de ser una ciencia; no sería sino una suerte de efusión elegíaca por la cual el historiador a la vez que se identifica con el grupo históricamente condenado identifica el fin de éste con el de la entera historia.

Frente a esta interpretación (aun cuando se la enuncia en forma menos brutalmente esquematizada que la del breve resumen que antecede) es difícil resistir a la tentación de formular múltiples observaciones. Las que aquí se incluirán son tan sólo las que resultan solidarias con la imagen que en seguida ha de darse de la situación actual de la ciencia histórica.

Preguntémosnos entonces si esa imagen nueva de la tarea histórica que dificultosamente comienza a elaborarse hacia 1830 no encuentra estímulos para su constitución en datos que efectivamente se dan en la realidad de ese algo más de un siglo que comienza (y no sólo en los autoengaños más o menos conscientes que el temor a un futuro demasiado cierto engendraba). ¿Cuáles podrían ser entonces esos datos? Parece que podría resumírseles así: nunca como en esa etapa resulta difícil vincular la historia a corto plazo tal como se la vive en la experiencia inmediata con cualquier imagen coherente de una historia a largo plazo; los conflictos profundos no

podrían dejar de encontrar también en esta etapa expresión en la historia inmediatamente vivida, pero esa expresión es inesperada y marginal. Esta época comienza en rigor con la liquidación de la herencia de la Revolución Francesa: en 1830 el orden congelado de la Restauración se desmorona, y un conjunto de soluciones políticas híbridas, teóricamente imposibles de justificar sobre principios rigurosos pero en los hechos dotadas de inesperado vigor se van imponiendo para resolver con un mínimo de cambios los nuevos problemas planteados por el ascenso de nacionalismo y democracia. Se dirá que este resultado es inesperado pero su causa es del todo clara: la alianza entre aristocracia terrateniente y burguesía industrial y financiera. ¿Esta explicación que es —no lo olvidemos— retrospectiva no esconde acaso otro problema: el de cómo esa inesperada alianza fue posible? La respuesta *post-festum* tampoco es difícil: fue el temor a otros grupos sociales potencialmente revolucionarios el que cimentó esa alianza. ¿Pero para los contemporáneos eso era tan evidente? ¿Y lo seguía siendo cuando esa inesperada coalición comenzó a utilizar su dominio del Estado para lanzar una política social destinada a hacer de los grupos excluidos del poder socios menores de la nueva prosperidad capitalista? De nuevo la aclaración retrospectiva puede no ser difícil: ese interesado alivio de la situación de las clases explotadas en los países industriales pudo ser más que compensado por el intensificarse de la explotación del resto del mundo: a través de ese proceso comenzaba a insinuarse una nueva dimensión de la historia contemporánea, encaminada a su universalización plena. Pero tampoco esa transformación era fácilmente perceptible; la prueba es que tardó en ser percibida, no sólo por los estudiosos que se supone —no sin razón— identificados con los directores de esa revolución histórica, sino también por los marxistas que hacen de la denuncia de aquellos uno de sus pasatiempos más gratos.

Tampoco la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa pusieron orden en esa embrollada imagen de la historia que se estaba viviendo. Basta advertir cómo el fascismo, ya se vea en él una promesa o una amenaza, tiene mientras ocupa un lugar en el escenario histórico una incidencia más intensa que aquella última. Y esta incidencia no nace de una valoración equivocada, en perspectiva corta: que no lo es lo demuestra el juego de alianzas en la Segunda Guerra Mundial... Pero precisamente el fascismo es acaso el ejemplo mejor de un movimiento que se da todo en superficie y apariencia; aunque surgido de conflictos que se dan en capas más profundas de realidad es incapaz de tomar conciencia, así sea deformada y mutilada, de esos conflictos.

Decir que esa situación histórica, que ese desajuste entre nuestra historia cotidiana y la historia de tiempo largo no se da ya es, en primer término, constatar un hecho: dentro de cada bloque político e ideológico, y aun tomando en cuenta simultáneamente a ambos, la imagen de la historia que se vive, en sus perspectivas breves y en las más largas, no sólo alcanza una coherencia que hace sólo quince años faltaba; hay también una coincidencia en cuanto a los rasgos esenciales de esa realidad que no deja de ser significativa. Profesionalmente el historiador puede encontrar hoy tan difícil como entonces expresar en forma metodológicamente satisfactoria el volcarse del tiempo corto en el tiempo largo, el subordinarse de la coyuntura a la estructura; en su vida de todos los días ya no experimenta —como hace quince años— análogas dificultades para comprender en un contexto suficientemente amplio la experiencia histórica que ante sus ojos se elabora.

Señalar este cambio no significa entonces comparar complacidamente la lucidez que hoy habríamos alcanzado con la confusión que entenebrecía las mentes de nuestros inmediatos antecesores: la diferencia no estaría tanto en nosotros cuanto en una realidad que no se habría hecho más fácil de vivir pero sí menos difícil de comprender, en la medida en que los pululantes conflictos heredados del pasado parecen ordenarse espontáneamente en torno a las dificultades de expansión de la civilización industrial (a las generales y a las específicas que encuentra el capitalismo para encuadrar ese proceso en presencia de un rival lleno de audacia). Tampoco significa afirmar que esa imagen del proceso a largo plazo dentro del cual nos encontraríamos sea la exacta. Este problema no será planteado aquí; en primer término porque no es posible todavía responder a él (si el Papa y Mao, Kennedy y Jrushev, el profesor Rostow y el profesor Varga se equivocan juntos sólo una historia que aún no ha transcurrido podría desengañarlos, o más probablemente desengañar a sus sucesores). Pero sobre todo porque esta nueva comunicabilidad entre historia de tiempo breve e historia de tiempo largo, descubierta a partir de un conjunto de interpretaciones que coinciden por lo menos en utilizarla a cada paso, no requiere para imponer nuevos problemas a la ciencia histórica que esas interpretaciones sean exactas (por otra parte no podrían serlo todas ellas, ya que son contradictorias).

¿Cuáles son esos nuevos problemas? En lo esencial no son quizá tan nuevos: nacen en último término de que vuelve a parecer abierta la posibilidad de una historia entendida como proceso; las dificultades para llevarla a cabo tenderán cada vez más a aparecer como dificultades meto-

dológicas, no como una imposibilidad objetiva derivada de la naturaleza misma de la realidad histórica. Que esos problemas sean esencialmente metodológicos no simplifica sin embargo demasiado las cosas. Por una parte el modo de trabajo histórico ha adquirido, en la etapa que ahora se cierra, una precisión que no por parecer retrospectivamente algo desprovista de objeto puede ser fácilmente renunciable. Las imágenes de conjunto, las perspectivas de siglos pueden tentar de nuevo al historiador actual como al de hace cien años, pero es poco probable que ahora recobren vigencia, por ejemplo, las “grandes reconstrucciones históricas” al gusto de un Guizot. Y por otra parte la universalización de la historia crea dificultades para concebirla como un proceso unitario en ese nuevo ámbito de vigencia universal no sólo en cuanto al presente sino también en cuanto al pasado.

Frente a esa riqueza de problemas nuevos se abren al historiador dos caminos. Puede por una parte seguir buscando, con instrumentos conceptuales ellos mismos en proceso de elaboración, un modo nuevo de señorear esa realidad cuya riqueza, cuya complejidad crecientes podrían hacerle dudar de la viabilidad misma de su tentativa. Puede por otra buscar en el pasado de su propia disciplina un criterio orientador, a la vez que una fuente de confianza en sus posibilidades cognoscitivas enfrentadas a tareas esencialmente nuevas. Si escoge el primer camino proseguirá el diálogo con las ciencias humanas, esbozando una relación distinta de la que en la etapa anterior había dado a la historia posición subordinada. Si toma el segundo podrá fundamentar un imperialismo de la historia sobre las ciencias del hombre; podrá ordenar su nuevo saber sobre esquemas menos nuevos —lo que no quiere decir menos adecuados—; podrá inscribir su esfuerzo de comprensión de una realidad inesperada y extraña en una línea tradicional en cuyos orígenes reconoce a quienes siempre veneró como maestros. He aquí, entonces, un camino particularmente tentador; sus seducciones son infatigablemente inventariadas por apologistas llenos de celo a los perplejos historiadores de la Europa accidental. Este celo no nace tan sólo de la devoción por cierto modo de entender la tarea histórica; la incluye y a la vez la excede. Esta invitación de retorno a las fuentes implica en efecto la de un viaje al futuro; es hecha en nombre de la única imagen genética de la historia que ha sido capaz de sobrevivir a un siglo de tormentas y hablar al hombre de hoy con lenguaje no obsoleto, es en suma la invitación a hacer de la propia tarea histórica la prolongación de un saber militante que

en la otra mitad del mundo está siendo organizado con signo marxista. Permítase que examinemos en primer término este tentador y un poco intimidante segundo camino.



¿Es justo, es adecuado presentar como la carta de triunfo del marxismo no el lugar que ha llegado a ocupar en el mundo actual sino su raigambre tradicional? Contra esta interpretación se levantarían a la vez marxistas y antimarxistas militantes, desde Pierre Vilar, para quien es el curso de los hechos desde Stalingrado hasta la Revolución China el que ha despertado un interés más vivo —si no siempre menos hostil— por el marxismo entre los historiadores de Europa accidental, hasta Hugh Trevor-Roper, para quien en la base de las conversiones de historiadores a esta doctrina se encontraría este razonamiento falaz: “puesto que tiene éxito, tiene razón”. Y sin duda ese interés nuevo por el marxismo se ubica en una circunstancia histórica precisa; pero aquí sería imperioso un examen de los elementos de esa situación que son para el caso determinante. ¿Los “triumfos en la construcción del socialismo”? Sin duda los historiadores saben apreciar en una doctrina su capacidad de encarnarse en lo real; ese criterio de apreciación, que a Trevor-Roper parece erróneo y mezquino, es casi una exigencia profesional. Pero si fuesen ellos el elemento decisivo su influjo conduciría a conversiones o rechazos totales: unas y otros se dan, hoy como ayer, en Europa occidental. Lo nuevo es sin embargo la actitud frente a la historiografía inspirada en el marxismo de parte de quienes no eran —y siguen no siendo— marxistas. Esta actitud es cada vez más frecuentemente receptiva y abierta: la apertura cultural que ella implica surge en el clima histórico marcado por la “coexistencia pacífica”. Ese clima significa para Europa occidental no sólo la disminución de tensiones que eran insoportables; es —junto con la prosperidad interna— la base de un sentimiento generalizado de haber sido dejada al margen del proceso histórico; un sentimiento que está lejos de ser desagradable cuando de ese proceso se habían esperado sobre todo desventuras. ¿Ese sentimiento está justificado? Eso no importa aquí; si los hechos llegasen a demostrar mañana que no lo está habría de desaparecer, y junto con él la actitud que aquí nos interesa describir. Mientras tanto ésta y aquél conservan vigencia: la aproximación al marxismo se da para los historiadores europeos de hoy con características análogas a las que tuvo para los

de 1890: desde posiciones de fuerza y no de debilidad el historiador no vacila ya en integrar en su cultura histórica un sistema de ideas cuya potencialidad revolucionaria lo había hecho hasta ayer temible. Sin duda hoy —al revés de lo que ocurría hacía 1890— esa potencialidad revolucionaria no se da por agotada; se considera en cambio que sus consecuencias serán ahorradas a Europa occidental. Pero la coexistencia pacífica no sólo ha contribuido a sumergir al historiador europeo-occidental en una atmósfera que comparte por cierto con los no-historiadores; para él como integrante de un preciso grupo profesional, con intereses y exigencias bien delimitados, la coexistencia pacífica tiene un aspecto aún más importante: le abre la posibilidad de alcanzar una imagen menos borrosa y mítica de cómo se organiza la tarea historiográfica en países que han adoptado el marxismo como doctrina de Estado. Esa imagen ha venido a aventar en parte algunos recelos inspirados en otras sin duda discutibles, pero basadas en testimonios difícilmente recusables: los de los propios historiadores soviéticos (bajo la forma, por ejemplo, de esos obtusos inventarios de quiebra de la ciencia burguesa, que tan frecuentemente los ocupaban hasta hace pocos años). Descubrir en esos ululantes profetas del desastre ajeno a personas capaces de utilizar un lenguaje razonable, a colegas a menudo respetables, a veces encantadores, no es una experiencia que carezca de significación.

Pero ese conocimiento más íntimo, si elimina algunos malos entendidos, no invita necesariamente a una fervorosa adopción del modelo historiográfico así entrevisto. Por el contrario, el historiador occidental no dejaría de encontrar en lo que descubre más allá del Elba motivos para mantener su reserva: no deja de ser rica en enseñanzas, por ejemplo, la prisa con que los historiadores polacos eliminaron luego de 1956 la sección “marxismo-leninismo” que abría con tres o cuatro menciones rituales, siempre repetidas, las bibliografías de sus estudios sobre los temas más diversos; o en algunos de esos historiadores la libertad de espíritu con que han comenzado a utilizar (sin exhibir de inmediato el contraveneno de la “sana doctrina”) teorías económicas en las que críticos marxistas suelen ver —no sin motivo— construcciones ideológicas propias de la etapa del capitalismo monopolista. Este ejemplo de eclecticismo doctrinario, puesto de manifiesto apenas las circunstancias políticas lo hicieron posible, no invita por cierto a quienes pueden aún practicarlo a renunciar espontáneamente a él. El conocimiento de que una historiografía marxista es posible, de que no siempre implica los *sacrificia intellecti* que hasta ayer solían verse como su compañía necesaria, no equivale entonces a una conversión al marxismo, ni

aun la facilita. Precisamente porque puede identificarse con una concreta corriente de estudios históricos de méritos muy reales, de limitaciones igualmente perceptibles, el marxismo puede menos fácilmente ser presentado como ofreciendo una segura salida hacia el futuro, una vinculación plena de sentido con el pasado.

Con esta actitud llena a la vez de comprensión y de reserva el historiador europeo-occidental toma en cuenta nuevamente la tradición marxista, en el momento mismo en que vuelve a considerar problema que le atañe el de una historia vista como proceso temporal creador. Eso lo saben muy bien quienes en Europa occidental hacen recluta para su credo: consecuencia de ello es sin duda la extrema discreción que guardan frente a la existencia de un modelo concreto de ciencia histórica marxista dotada del apoyo estatal: sus alusiones a la tarea histórica desarrollada en los países socialistas suelen ser escuetas y en algunos casos inesperadamente desdeñosas. Es en este sentido característica la actitud de Pierre Vilar: historiador que habla a historiadores⁴, esquiva sin embargo confrontar la historiografía soviética con su contemporánea occidental; prefiere establecer la comparación en el terreno de la ciencia económica, donde no le es difícil oponer a la voluble inventiva teórica de los economistas occidentales la sólida fe del mundo soviético en unas cuantas verdades fundamentales que precisamente porque lo son no pueden variar en cada otoño. Esa adhesión no revela su eficacia en el plano teórico, su victoria se hace evidente a través de esa irrefutable piedra de toque que es la praxis. Notemos que Vilar da aquí respuesta a un problema que no es en rigor el planteado. Vilar puede en efecto exaltar la eficacia del marxismo para transformar el mundo; puede exaltar —más cerca de Salustio que de Marx— la superioridad de esa transformación sobre su vano relato, que quedará a cargo de historiadores. Pero tanto él como su público han elegido un modo algo indirecto de transformar la realidad: Vilar, por ejemplo, estudiando durante largos años las vicisitudes de la industria catalana en el siglo XVIII, consagrando dos mil páginas a este tema sin duda considerable. Es decir que la apelación a la praxis como criterio supremo no exime de examinar a través del ejemplo la eficacia concreta del marxismo que la historiografía soviética proporciona para el historiador, puesto que precisamente de eso se trata.

4 Pierre Vilar, "Marxisme et histoire dans le développement des sciences humaines. Pour un débat méthodologique", *Studi Storici* I, no. 5 (octubre-diciembre 1960): 1008-1043.

No se busca aquí por cierto hallar en falta a Pierre Vilar, se trata más bien de advertir a qué extremos está dispuesto a llegar para no identificar al marxismo con una realidad historiográfica ya existente. Para Vilar la historiografía marxista es un puro proyecto, un rimero de exigencias que el historiador plantea a sí mismo y a sus colegas, un ideal término de comparación útil para la crítica de la historiografía europea-occidental. El marxismo sigue siendo ante todo para Vilar un fenómeno interno a la tradición europea-occidental, a su pasado y a su futuro sin duda más que a su presente. La experiencia del mundo socialista proporciona —más que un modelo que sea preciso examinar de cerca— un argumento clamoroso, pero externo, en favor de un sistema doctrinario cuyas raíces en la historia espiritual de Occidente Vilar resume complacidamente.

He aquí entonces un punto de coincidencia entre el historiador marxista y el público de historiadores no marxistas al que obviamente se dirige: para ambos el marxismo aparece ante todo como una peregrinación a las fuentes, no la aceptación de una situación discipular frente a escuelas historiográficas actuales ajenas a la Europa occidental.

Pero esa peregrinación a las fuentes parece implicar la renuncia al enriquecimiento del saber histórico logrado en el último medio siglo. Que la implique no parece alarmar demasiado a algunos historiadores. Pero para Vilar esto sería inaceptable: el marxismo no proporciona una alternativa, sino un válido criterio de organización para el saber histórico acumulado en el último medio siglo. Esta solución de armonía es más fácil de ofrecer persuasivamente que de llevar a los hechos. Sus dificultades se ven más claramente en el campo de la historia económica, que es precisamente el que Vilar toma en cuenta: en este aspecto se ha encargado de proporcionarnos a través de dos trabajos dos ejemplos precisos del modo en que él concibe el reencuadramiento del saber histórico por la doctrina que ha hecho suya. Dos ejemplos —apresurémonos a agregar— decepcionantes. El primero⁵ es un programa de estudios acerca del desarrollo económico visto en perspectiva histórica, que contiene críticas ricas en sólido buen sentido a las teorías hoy más usuales y en especial al ambicioso y sustancialmente fallido intento de Rostow. Compartir estas críticas no implica aceptar la necesidad de una reorganización marxista del saber histórico; esta

5 Pierre Vilar, "Croissance économique et analyse historique", *Première Conférence Internationale d'Histoire Économique*, Estocolmo, 1960 (traducido con el título "Crecimiento económico y análisis histórico", por Marco Aurelio Galmarini para la cátedra de Historia Social, *Estudios monográficos*, no. 17, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1961, tiraje reducido para uso interno).

última es declarada, pero no fundada por Vilar como alternativa al parecer única a esos ejemplos tan hábilmente elegidos de ciencia burguesa. El mismo método polémico encontramos en el otro escrito de Vilar, que tiene más directa relación con el problema⁶: es un examen crítico sobre algunas hipótesis acerca del papel de la moneda en la génesis del capitalismo. A través de este último estudio puede advertirse más claramente qué dificultades plantea la utilización con criterio marxista de los estudios historiográficos recientes. Sin duda las críticas de Vilar siguen siendo en su mayoría certeras: es muy probable que la doctrina Keynes-Hamilton sobre el papel del retardo de los aumentos salariales en la expansión inglesa sea un juego de espejos en que el historiador se apoya en la autoridad del economista y éste en la de aquél; es seguro que el retardo de los salarios sobre los precios sólo podía proporcionar una parte reducida de los lucros del capital mercantil; es indiscutible que tanto Hamilton como Keynes incurrieron en omisión al no vincular esas vicisitudes monetarias y sus efectos en el equilibrio precios-salarios con otros modos de explotación. Pero estas críticas difícilmente discutibles tienen un objetivo más amplio que la doctrina cuestionada: a través de ella es el interés por las consecuencias sociales de los fenómenos monetarios el que es cuestionado. ¿Por qué este interés no puede ser integrable en un enfoque histórico general de signo marxista? Tal como recuerda Vilar, lo esencial de la teoría Keynes-Hamilton se encuentra ya en Marx; por otra parte basta evocar teorías como la de Dopsch sobre el papel dominante del sector que utiliza economía monetaria para advertir hasta qué punto reiteran sobre una pauta distinta explicaciones que a un historiador marxista no suenan demasiado extrañas.

Pero precisamente esa pauta distinta está dada por el interés nuevo en los fenómenos monetarios; es posible encontrar la raíz de ese interés en el deseo de construir nuevas líneas de defensa ideológica en torno del orden capitalista; acaso tenga también algo que ver con él la reaparición de una inestabilidad monetaria de la que los historiadores y los economistas del siglo XIX habían tenido escasa experiencia inmediata. En todo caso los frutos de esta actitud nueva son condenados, implícitamente y en bloque, por Vilar a través de un ejemplo particularmente convincente. ¿En nombre de qué son condenados? En nombre de la opinión según la cual la moneda es “una mercancía como las otras”. Opinión marxista, sin duda, en el sentido de que es la

6 Pierre Vilar, “Problems of the Formation of Capitalism”, *Past & Present*, no. 10 (noviembre 1956): 15-38. (traducido con el título “Problemas de la formación del capitalismo” por Alicia Goldman para la cátedra de Historia Social, *Estudios monográficos*, no. 25, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1961, tiraje reducido).

hallable en los escritos de Marx. Pero no sólo marxista: los economistas contemporáneos de Marx compartían con él esta opinión, en la que nadie hubiese entonces pensado en buscar una línea de clivaje entre ciencia económica burguesa y socialista. Aparte de ser, en ese sentido tan especial, marxista ¿esta opinión tiene aún otros méritos que justifiquen la apasionada defensa que de ella hace Vilar? A través de esa defensa misma resulta difícil advertirlo: Vilar se eleva contra las interpretaciones “durckheimianas” del fenómeno monetario, que hacen del valor de la moneda la consecuencia de la existencia de un cierto mito colectivo. Sin duda, tal como señala Vilar, sólo los pobres recibían en el siglo XVI la moneda por su valor nominal; el mercader, el financista, la pesaban, no le atribuían entonces otro valor que el del metal precioso que contenía: ellos “sabían” qué era en verdad la moneda. No examinaremos hasta qué punto es decisivo este ejemplo otra vez muy bien elegido (¿hoy la lucidez frente a la naturaleza del fenómeno monetario está reservada a los grupos campesinos menos evolucionados, que buscan la garantía contante y sonante del oro, y no al financista que, heredero de la credulidad con que los pobres de ayer se prestaban como víctimas predestinadas a los más variados malabarismos monetarios de sus gobernantes, corre tras la ilusoria seguridad de las “divisas fuertes”?). No lo examinemos porque ya el ejemplo elegido por Vilar prueba bastante mal lo que se propone. Sin duda en cierto nivel de la vida económica la moneda era apreciada por su contenido metálico ¿pero no hacía a su significado económico que en otros niveles su valor no fuese el de ese contenido? Por otra parte no es tan seguro que el mantenimiento de un valor de la moneda más elevado que el de su contenido metálico se debiese a la ignorancia de quienes utilizaban esa moneda; si los más pobres en el siglo XVI o en el XVII son incapaces de controlar el valor metálico de cada moneda que utilizan, no por eso desconocen necesariamente el fenómeno global del envilecimiento monetario: si usan monedas envilecidas es porque no les queda otro remedio; en otras palabras, porque la utilidad de la moneda para el intercambio hace que su valor de cambio no coincida con el de la cantidad de metal que contiene. Detrás del “mito colectivo” se adivina entonces una forma de presión social y aún política, ejercida en beneficio de ciertos grupos sociales y en perjuicio de otros. He aquí un problema que debiera despertar el interés del historiador marxista; a examinarlo seriamente Vilar prefiere señalar las insuficiencias a menudo muy reales de los historiadores no marxistas que han tratado buenamente de estudiarlo. ¿Por qué sino porque un retorno a Marx, que parece incluir en algunos aspectos un implícito retorno a Adam Smith, le veda admitir la existencia misma del problema?

He aquí una de las dificultades más vivas de la aproximación entre historiografía occidental e historiografía de tradición marxista: mientras la primera, luego de un largo esfuerzo orientado hacia la corta duración, se vuelve ahora hacia el tiempo largo, sin querer por eso renunciar a lo conquistado en la etapa anterior, los marxistas tienden a interpretar demasiado frecuentemente esta reorientación de intereses como el reconocimiento implícito del fracaso de las tentativas de estudio del tiempo corto; la reintroducción del marxismo en la tradición historiográfica común a los historiadores europeos es por consiguiente vista como la introducción de un aparato conceptual ya maduro y constituido, capaz de organizar el saber factual recogido en esa etapa anterior sin por ello sufrir transformación alguna. Esta interpretación, esta conclusión pueden recogerse muy claramente en un estudio de E. Hobsbawm, un historiador marxista que siente sin embargo en su justo alcance el problema de la relación entre cambios en la coyuntura económica a corto plazo y movimientos sociales.

El escrito de Hobsbawm⁷ se dirige entre otras cosas a examinar una tentativa de reconstrucción histórica que Vilar, por razones acaso no desvinculadas de su trayectoria personal y no sin riesgo de inconsecuencias, mira con más afecto: la de Ernest Labrousse. Luego de consagrar años de estudio a los movimientos de precios y salarios, Labrousse, en una serie de escritos menos minuciosamente fundamentados que los anteriores, intentó buscar los contactos entre esta corta duración económica y la político-social. Es la vanidad de la tentativa misma la que Hobsbawm subraya: lo que logra Labrousse es relacionar aspectos secundarios de la historia económica con aspectos secundarios de la historia social: en lo que tienen de más característico, de menos accidental, los movimientos sociales deben explicarse, no en el contexto de la coyuntura económica, sino en el de la estructura: al volverse a la larga duración el historiador deberá olvidar su frívolo, anecdótico saber acerca de la coyuntura.

Conclusiones si no indiscutibles por lo menos justificables frente a los concretos trabajos de Labrousse, que a veces parecen querer resucitar en el seno de una historia nueva una problemática comparable con la que se obstinaba en torno del origen del primer disparo que a su vez originó el primer tiroteo en la primera de las Tres Gloriosas. Pero conclusiones peligrosas, no

7 Eric Hobsbawm, "Economic Fluctuations and Some Social Movements since 1800", *Economic History Review*, New Series V, no. 1 (1952): 1-25.

sólo para el destino del saber histórico, sino también para la coherencia marxista de Hobsbawm. En efecto, el marxismo se niega a aceptar la incomunicabilidad entre tiempo corto y tiempo largo, entre coyuntura y estructura; el cambio estructural se le aparece como el heredero de un más extenso proceso marcado por cambios coyunturales. He aquí, entonces, un problema legítimo desde una perspectiva marxista, que es cabalmente el problema que tiene frente a sí la historiografía europea actual. Hobsbawm parece por cierto advertirlo; a través de un estudio sobre *La crisis del siglo XVII*⁸ nos ofrece un ejemplo concreto del modo en que un historiador marxista puede iluminar el problema.

Declaremos en primer lugar la legitimidad del intento de Hobsbawm, en particular frente a la crítica infundada de Trevor-Roper: no es indiferente que en Inglaterra y sólo allí la crisis haya desembocado en la Revolución Industrial; buscar lo que hay de peculiar en la situación inglesa es volver a plantear un problema que generaciones de historiadores europeos han reconocido como legítimo, no implica adhesión a un estrecho dogmatismo marxista. El problema es precisamente el opuesto: aunque Hobsbawm se apresure a inscribir la recesión del siglo XVII en un proceso de transformación del feudalismo al capitalismo que va del siglo XII al XIX su lealtad al esquema lineal de tránsito de un orden social a otro sólo se mantiene a costa de dar una imagen extremadamente (y —no cabe más que pensar— no indeliberadamente) imprecisa de esa transición misma. Así reafirmada una fe que no compromete solamente al historiador, Hobsbawm puede manejarse luego con una extrema libertad, no sólo respecto de la tradición marxista sino de las que no menos imperiosamente pueden gobernar a más de un historiador occidental de la economía. Y los resultados están lejos de ser desdeñables: hay todo un problema de estrategia del desarrollo, visto retrospectivamente, que es admirablemente expuesto en el trabajo de Hobsbawm; el nacimiento de estructuras destinadas en sus rasgos esenciales a una perduración plurisecular a partir de situaciones coyunturales de muy breve vigencia es expuesto en forma excepcionalmente lúcida. Basta comparar el estudio de Hobsbawm con las páginas referidas al mismo tema de los *Studies in the development of Capitalism* que Dobb publicó en 1946 para advertir el enriquecimiento de la problemática: si Dobb había tenido en cuenta, así fuese como términos de referencia polémicos, desarrollos muy recientes de la teoría económica, por el contrario ignoraba todo el esfuerzo de los

8 Eric Hobsbawm, “The General Crisis of the European Economy in the 17th Century”, *Past & Present*, no. 5 (mayo 1954): 33-53 y “The Crisis of the 17th Century--II”, *Past & Present*, no. 6 (noviembre 1954): 44-65.

historiadores de la economía para alcanzar una imagen cuantificada de los cambios coyunturales; su historia vuelve a ordenar, con arquitectura más ligera y aérea, un curso de hechos que son sustancialmente los ya tomados en cuenta por Marx en *El Capital*; esa historia es primordialmente una historia de la larga duración. Por el contrario, haber visto que el problema más vivo de la actual historia económica es ubicar su imagen de la corta duración en una perspectiva más amplia, relacionar los cambios coyunturales con los estructurales es el mérito primero de este trabajo de Hobsbawm: advertir que la vigencia de ese problema invita a una reinscripción del marxismo en la tradición historiográfica occidental, en la medida en que el marxismo supo insistir tozudamente en afirmar la importancia primordial del nivel de las estructuras, es sólo corolario de lo anterior.

Pero sería ilusorio creer que el historiador marxista puede cumplir esa misión permaneciendo apegado a los moldes heredados: su colega occidental se sentirá tentado a exhortarlo a seguir el espíritu que da vida y no la letra que mata; esta exhortación sin embargo no podría ser bien recibida. Porque despojado de lo que lo transforma en una imagen del pasado demasiado precisa para ser universalmente aceptada, el marxismo corre el riesgo de desdibujarse en la afirmación del elemento de totalidad, de circularidad que se da en la historia; en la afirmación —contra una historiografía demasiado acostumbrada a tomar por realidades objetivas y estables a sus propias construcciones— de la soberanía del proceso histórico sobre sus creaciones efímeras. Es demasiado comprensible que el historiador marxista se niegue a reconocer su propio aporte en ese legado tan escueto. Entre este mínimo aporte y la conversión masiva, que el historiador marxista —que si lo es consecuentemente no es sólo historiador sino también evangelizador entre infieles— tiene por vocación provocar, se abre un vasto e incierto haz de posibilidades. ¿Qué tiene de extraño que éstas tienten menos al historiador marxista, justamente temeroso de caer en apostasía, que al historiador “laico”, que en la búsqueda de una imagen coherente del pasado no se ve sostenido, sino también limitado por una previa imagen total de la realidad?



De este modo la reinscripción del marxismo en la tradición historiográfica occidental no puede quedar a cargo de historiadores marxistas; los que la emprendan partirán de todos modos

de una previa confianza en la posibilidad de restaurar una imagen de la historia como proceso: precisamente el mérito de la tradición marxista consiste en haber mantenido viva esa imagen que hace un siglo era bien común de los historiadores. ¿Pero esa restauración es posible? No basta para concluirlo que el historiador, a partir de su experiencia de la vida presente, vuelva a descubrir a la historia como proceso; es necesario también que en su actividad específica se muestre capaz de construir imágenes históricas coherentes que reflejen esa reconquistada concepción. Pero esto último está erizado de dificultades. Dificultades objetivas: el historiador tiene ante sí un proceso que ante sus ojos se está haciendo universal; que no lo fue en todas sus etapas pasadas. Si para la actualidad y el pasado más reciente no parece imposible elaborar una imagen de la historia mundial como proceso unitario, para el pasado menos cercano la universalidad parece poder alcanzarse ante todo a través de la elaboración de una tipología capaz de dar cuenta conjunta de procesos que se desarrollaron por separado. Pero es ese, precisamente, el camino seguido por las nuevas ciencias humanas, en especial por la sociología.

A esa dificultad objetiva se suman otras: el historiador dispone, para conocer esa realidad, de un saber ya ordenado por las ciencias humanas no históricas. Sin duda desconfía legítimamente de ese legado, y no puede sino aplaudir a quienes, así sea desde un punto de vista marxista, denuncian toda ordenación antihistórica del material histórico. El historiador soviético que denuncia en Spengler y Toynbee a un par de melancólicos juglares no causa en su colega occidental el horror que imagina; sin saberlo reitera opiniones expresadas veinticinco años antes, y con no menos vigor, por Lucien Febvre, cuarenta años antes por lo más granado de la ciencia histórica alemana, reunido para desenmascarar el diletantismo agorero de Spengler; ignora además que su colega occidental ya no toma en serio ni como peligros a esos presuntuosos aficionados. Pierre Vilar, que sabe mejor cómo están las cosas, no ignora que libra la batalla de hoy, no la de ayer, en nombre de sus colegas burgueses, y se gana el reconocimiento de éstos al burlarse de esos esquemas de desarrollo que parten de una “sociedad tradicional” que sería la misma en Francia y en Tonkín. ¿Pero a su vez el marxismo está libre de esos deslizamientos que con tanto vigor denuncia en la ciencia burguesa? ¿No estamos viendo cómo su filosofía de la historia se mezcla de tipología en la medida misma en que no se fija por tarea explicar la evolución de una determinada unidad histórica, sino la de todas? Hoy se nos subraya que el socialismo puede surgir a partir del capitalismo, pero también del feudalismo; en ambos casos seguirá siendo socialismo. También

para los marxistas entonces, parece debilitarse la vigencia de la concepción viquiana, compartida por Marx con sus contemporáneos, que identificaba la naturaleza y el nacimiento de las cosas; esa concepción era la que estaba en la base de la imagen de la historia como proceso, sin ella la historia genética de las sociedades se transforma en tipología sociológica.

El retorno a una historia vista como proceso no podría entonces identificarse con un retorno a la historia genética. ¿Qué debe ser entonces? Puesto que el historiador no dispone de un modelo de proceso histórico, distinto del elaborado por la historia genética, oscila entre la tentación de ésta y la de una tipología que incluya al tiempo como una dimensión más de los objetos por ella estudiados. De esta oscilación hallamos testimonio en un importante escrito de Braudel⁹: hallaremos en él, junto con la habitual apertura hacia las ciencias humanas, un deseo nuevo de marcar distancias. El historiador que afirmó el primero una pluralidad de tiempos históricos busca ahora limitar con la mayor precisión posible el alcance de esa imagen por él elaborada. Ella sería inaceptable en la medida en que rompiese la unidad previa del tiempo histórico: “de hecho, las duraciones que distinguimos son solidarias las unas de las otras: lo que de tal manera es creación de nuestro espíritu no es la duración, sino las fragmentaciones de esa duración”. Precisamente por su unidad el tiempo del historiador se distingue del tiempo del sociólogo. De este modo Braudel reconstruye un teatro para la acción histórica, desenvuelta a la vez en planos que el espíritu distingue, pero que en la realidad se dan unidos. ¿Logra llenar ese teatro? He aquí algo más dudoso. Notemos que esa duración, ese tiempo histórico cuya unidad es subrayada limita —en una de sus fronteras— con una realidad quieta que sería aún realidad histórica; la historia de ritmo lento se continuaría así en una historia detenida, en un sistema de estructuras capaces de resistir la mordedura del tiempo.

La imagen que el historiador proporciona aquí de la larga duración se modela sobre la de los hombres que viven directa e ingenuamente la experiencia histórica: esos datos eternos (o variables a un ritmo de cambio demasiado lento para que seamos capaces de captarlo desde la historia vivida) constituyen un límite a la libre acción humana, no un fruto de ésta. La larga duración es el reino de las estructuras, y las estructuras “se presentan como límites (*envolvente* en sentido

9 Fernand Braudel, “Historia y ciencias sociales: la larga duración”, *Cuadernos Americanos* XVII, no. 6 (noviembre-diciembre 1958): 73-110 (Reproducido en *Estudios monográficos*, no. 1, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1961; tiraje reducido).

matemático) de los cuales no pueden librarse el hombre ni sus experiencias”; según la colorida frase de Braudel, las estructuras son “cárceles de larga duración”. Estas estructuras no sólo son limitativas, son también “determinantes” (tras de alguna vacilación evidente, Braudel concluye por escribir la comprometedor palabra) de la acción humana. He aquí una imagen de la historia que nos conduce retrospectivamente mucho más allá del historicismo del siglo XIX, más allá por lo tanto del marxismo. Ella se expresa a través de un naturalismo que tampoco se vincula con el positivista, apoyado todo él en la noción de evolución; un naturalismo más cercano al renacentista, lleno de sobrecogida admiración por una naturaleza aún no dominada. Desde esas estructuras, tanto las geográficas como las del subconsciente colectivo, fuerzas que el hombre desconoce lo mueven y orientan su acción... Imagen fundamentalmente pesimista que permanece también ella muy cercana a la experiencia inmediata de cada hombre aislado, que ve frente a sí, protectoras o amenazadoras, las creaciones del espíritu objetivo. Así vista, la historia es “patética” (permítase usar aquí en sentido más amplio una palabra cuyo empleo por Braudel, así sea en sentido más limitado, es ya significativa), es patética porque es historia de una pasividad, de un sufrimiento.

¿Es posible atribuir a estas conclusiones acerca de la historia, que llevan un nombre de autor y una fecha, valor representativo para toda una tendencia historiográfica? Basta pensar en el amplio eco que el escrito de Braudel ha encontrado, en sus reproducciones y traducciones en ambos mundos para advertir que en este examen deliberadamente no sistemático de un problema se ha querido reconocer un modo de entender la historia que no es sólo el de su autor. A este dato extrínseco podrían agregarse otros quizá más convincentes: bastará examinar la obra de historiadores que la han elaborado en relación sin duda real con la de Braudel, pero en forma independiente; un ejemplo particularmente claro lo proporciona C. E. Labrousse. Vilar puede elogiar que, abandonando vanas especulaciones sobre las causas de las oscilaciones de precios, Labrousse se haya ocupado ante todo de medir las consecuencias concretas de los movimientos de precios en la distribución de la riqueza dentro de la sociedad francesa prerrevolucionaria, en seguir la incidencia social y política de ese fenómeno económico. Y esto es exacto, pero nótese cómo el punto de partida de todo el proceso lo busca Labrousse en un fenómeno que no se preocupa por entender históricamente, en el carácter cíclico de la marcha de la coyuntura, dato estructural de la economía moderna que orienta el rumbo de los conflictos sociales con la misma ciega brutalidad con que los ciclos naturales, en lo que tienen de regular o en sus imprevisibles

irregularidades, gobiernan la vida de los hombres. La dimensión humana de la historia nos es presentada de nuevo como una pasividad; de esta manera de entender la historia Labrousse ha expuesto, recientemente, no sin acentos casi patéticos, una sucinta teoría al exigir una historia económica humanizada, es decir, capaz de tomar en cuenta, a la vez que las estructuras productivas y sus transformaciones, el consumo¹⁰.

He aquí —por debajo de diferencias metodológicas— el punto preciso en que, pese a todas las aproximaciones, entran a divergir la historiografía marxista y, en sus formas más vivas y actuales, la que no lo es: en esas estructuras en que se ve otros tantos límites a la acción humana, el marxista declara por el contrario hallar otras tantas creaciones de esa acción; según sea el contexto a la vez ideológico y cultural en que el historiador se ubique, la vuelta hacia la larga duración puede significar la búsqueda de determinismos extrahistóricos o la tentativa de elaborar una historia de las estructuras que muestre en ellas el fruto de la acción humana. Para quien siga el primer camino se impondrá la búsqueda de un nuevo estatuto en la relación entre historia y ciencias humanas; ésta se modelará sobre la que —según supone— corre entre los sectores de lo real que ambos tipos de disciplina estudian; un examen tipológico de las estructuras no excluirá, sino que exigirá como complemento, un examen que no puede ser sino histórico de la huella de esas estructuras en el tiempo. Para quien siga el segundo, las ciencias humanas sólo serán legítimas en la medida en que se constituyan como ciencias históricas.

Solución llena de armonía, y evidentemente insatisfactoria; en efecto, estas dos maneras de entender la historia, de las que depende en último término la de entender la relación entre historia y ciencias humanas, son contradictorias; plantean necesariamente una opción. Frente a ella cada una de las dos posiciones responderá de manera adecuada a su propia índole: para el marxista la concepción histórica sostenida por su colega “occidental” está marcada con el signo de la situación histórica de la que ha surgido, su pesimismo revela demasiado claramente que esa situación está históricamente condenada, y lo sabe; el historiador occidental es capaz de aceptar de nuevo que la historia es proceso creador en la medida en que se ve, y ve al mundo en que se identifica, como situados fuera de la historia; en suma, esta concepción histórica es un fruto típico

10 Ernest Labrousse, Intervención en *Quel avenir attend l'homme?: Rencontre internationale de Royaumont* (París: PUF, 1961).

de ese “limbo” de adormecida prosperidad en que la Europa occidental capitalista ha entrado, y sería demasiado escandaloso que pudiese durar. A este juicio su colega y rival opondría probablemente una negativa a discutir en ese plano; cualquiera sea el clima histórico en que su obra madura, cualquiera sea la huella que sin advertirlo introduzca en ella de ese clima, el criterio que usará para juzgarla es el proporcionado por la pretensión de ofrecer una imagen coherente de un conjunto cada vez más amplio de conocimientos acerca del hombre y sus obras; esa coherencia, aún no alcanzada, no parece sin embargo inalcanzable. El mismo criterio utilizará para valorar las obras que le son propuestas como alternativa y modelo: en la medida en que alcanzan o intentan alcanzar esa coherencia sin mutilar para facilitar su tarea los datos de la realidad que estudian las juzgará dignas de ser tomadas en cuenta. He aquí un criterio que no parece incompatible con el anterior; los historiadores marxistas harían sin duda bien en tenerlo presente, no sólo para cumplir con mayor eficacia la función práctica que se han fijado; también su obra histórica ganaría sin duda con ello.